

# PESCA Y CONSERVAS

por  
gaspar massó



III semana de pontevedra en madrid organizada  
por el excmo. sr. gobernador de la provincia

ITINERARIOS  
TURISTICO-GASTRONOMICOS  
DE LA  
PROVINCIA  
DE  
PONTEVEDRA

por  
álvaro cunqueiro

NUESTRO FUTURO ALIMENTICIO

PESCA Y CONSERVAS

POR

GASPAR MASSÓ

ITINERARIOS TURISTICO-GASTRONOMICOS

DE LA

PROVINCIA DE PONTEVEDRA

POR

ALVARO CUNQUEIRO

Transcribimos textualmente, el emocionante párrafo de una carta dirigida al autor de esta conferencia, por el eminente y llorado catedrático, Don A. Losada Diéguez:

"El Mar es camino para todos; fuente de vida; fecundador de la tierra; tesoro de los pobres. Pescador que usas explosivos, trabajas contra quien te alimenta.

Nuestro respeto y nuestro amor para el Mar, en quien Dios nos enseña fortaleza y libertad".

Señoras y Señores:

En nombre de nuestro querido Gobernador Civil, Excmo. Sr. D. José González-Sama y de las Autoridades provinciales que organizan esta "SEMANA DE PONTEVEDRA", agradezco a la Cámara de Comercio de Madrid, su hospitalidad, con un expresivo saludo a todos los asistentes que soportan estas intervenciones.

Para hacerlas más breves y amenas, os diré que la charla de hoy, tendrá tres partes. Una dedicada

irreprochable forma... Ya se están ustedes dando cuenta de que defendiendo la tesis de que tanto vale hablar de la provincia pontevedresa como del Paraíso Terrenal. Y no me atrevo a añadir: "y humanamente mejorado".

Imaginémonos, si ustedes quieren, un pasajero que ha llegado a Galicia por ese gran motivo cristiano y humano del viaje al extremo occidente, al Finisterre: la peregrinación al Apóstol Jacobo que está en Compostela. El pasajero, es decir, el peregrino, ha entrado en nuestro Reino por el alto Cebreiro, donde fue el milagro eucarístico y aún está la luz asombrándose del milagro; lentamente, por el viejo camino francés, con cuyo polvo de tierra hay mezclado polvo de carne, harina de los fatigados pies de los peregrinos de antaño, Gaiferos de Mormaltán o Francisco de Asís, ha hecho las jornadas galaicas, a Triacastela, a Samos, a Portomarín. Aquí ha saludado el peregrino el gran río nuestro, el Miño poderoso, al que antaño enseñaba geometría románica una puente construida por Mestre Mateu, el del Pórtico, y ha visto por vez primera viñas en Galicia, las cepas extendiéndose por las redondas y antiguas colinas de Loyo. Aquí es uno de los grandes aguardientes del mundo. En Loyo, "una montañuela toda de viñas, pequeña", fueron los Templarios. En Portomarín, los sanjuanistas. Esa estrepitosa caballería cristiana, las cales de esos huesos militares y católicos, esos duros tendones podridos bajo tierra al tiempo que se oxidan y mueren a su lado las largas espadas, son la razón de los sesenta grados de algunos aguardientes de allá. Será como beberse las Cruzadas, a Godofredo de Bouillon y al maestre Mor-

lay destilados en la alquitara... Por altas tierras de uces y tojales, de anchas centeeiras, de derruidas torres y perdidos hospitales para el romero de Santiago, sigue el peregrino a Palas de Rei, a la alta Ulloa, a donde son el castillo de Pambre famoso, y Vilar de Donas, con las abadesas de antaño, ¡ay, doña Vela del alma mía!, pintadas en el ábside, con sus boquitas sonrosadas y sus grandes sombreros como enormes violetas. En el horizonte sur, una neblina fina, una seda blanquecina, se deshace entre las azuladas cumbres: por allí va el Ulla, recién nacido. Ya ha llegado el peregrino a Santiago. Ya ha orado. Ya ha abrazado a Jacobo, el patrón sabido. Y suponed que le han entrado deseos de ir a soñar unos días a la orilla del mar. Algo ha oído en Santiago de que el cuerpo del Apóstol subió por un río en una barca de piedra, al final de un largo viaje, y quiso saber el peregrino por qué aquella agua, y no otra, había sido elegida para etapa final. Otro peregrino, éste del país, acaso le contó de las Rías o le cantó una canción. Y allá se fue nuestro pasajero, hacia el sur. Si yo tuviese ahora mismo que hacerle el itinerario, me encontraría embarazado. ¿Por dónde comenzar? ¿Qué preferir?

## LOS RIOS, LAS RIAS, LAS ISLAS, LOS MIRADORES

Podía llevarlo a saludar los ríos pontevedreses. Comenzando por el Ulla. Este río trae un feliz viaje, desde su nación luguesa, cuando llega al mar. Ha librado, incluso, duros combates, como en San Juan da Cova, contra las viejas rocas gallegas. Y ahora, en Padrón, en Pontecesures, se abre en anchos salones, y va tranquilo, saludado a la vez

por el salmón y la gaviota, al Océano. Pero se lo ha tomado con calma. Pasa junto a Catoira, donde son los restos del Castillo Honesto, las Torres del Oeste, del arzobispo Gelmírez, de los días en que el gallego tenía que defenderse del normando. Va entre prados y campos, todavía un río geórgico. Pero ya está ahí el mar, la claridad arosana, el mar de Arosa, la isla de Cortegada, Carril marisquero, Villagarcía de Arosa... En toda la orilla el mar ha posado harina de rocas, la arena más fina, blanca, suave, que ha soñado el pie humano. Hay playas aquí que se puede sostener que su arena es arena de seda de la China, que la traía un barco que pasó frente a Sálvora y se perdió allí... La isla de Arosa, A Toxa, Cambados, Sálvora. Hay que subir al Monte Lobeira, el viejo castro lupario, célebre en la Galicia medieval, para contemplar todo el mar de Arosa, cerrado al norte por las cumbres violeta del Barbanza de robustas espaldas. Todo el mar se abre vivazmente a la luz, como en un país con mar de Claudio de Lorena. Riveira, La Puebla del Caramiñal, Rianxo, Vilaxuán... El largo arenal de As Sinas. Y contra el Atlántico, la isla de Sálvora, donde ahora vuela el faisán y canta en las mañanas de mayo la perdiz. Y abierta a la más noble y dilatada de las ondas marinas, A Lanzada, la gran playa, alabada en la fábula gallega, con sus nueve olas salutíferas llenas de mágicos poderes. La luz es aquí de cristal y a la hora vespertina el mar se pone su capa de oro verde para decirle adiós al sol. El mar de Arosa, repito, hay que verlo desde Monte Lobeira, una de las más bellas mirandas del país, que también permite contemplar la antigua, fecunda, cereal y

vinícola tierra del Salnés, cantada por don Ramón del Valle-Inclán, y donde el aire sabe versos de Ramón Cabanillas, "o derradeiro bardo"... La tierra del Salnés la riega un río de una belleza incomparable. Ni en Francia hay un río igual. Se llama el Umia.

El peregrino que ha saludado el Ulla en Pontevedra va a conocer el Umia en Caldas de Reis. Hay que andar algo por sus orillas en Caldas, después de descansar en la feliz alameda. Hay que verlo desde el puente, en aquel encantador caneyro. Hay que ir a verlo a Ponte Arnelas. Hay que decirle adiós cuando en Santo Tomé do Mar muere, en un estuario lento. Todas las tribus fluviales se dan cita en sus orillas: chopos, álamos, sauces... Las aguas son verdes y cantan melancólicas tonadas. Mil veces represado, es un río molinero. Por Ribadumia, tiene a su lado, en las suaves colinas, viñas del albariño y el caíño. Y en Santo Tomé do Mar muere donde murió aquella doña María de Hungría, enamorada por Payo Gómez de Soutomaior cuando la trajo desde el Gran Tamerlán al rey Enrique de Castilla. Van las aguas paso a paso hacia el mar, entre bancos de arena y luzulares, y a veces hay por allí, flotando casi a ras de onda, una neblina rosada y fina. Es el fantasma de aquella triste señora, que vivió de soledades frente al mar de Arosa. Blanca sería, como todas las señoras de allá, la cintura breve y los ojos oscuros, grandes y asombrados... No la piséis, la niebla esa, que es más frágil que la rosa.

El viajero que ha dejado el Umia en Caldas, ha seguido por el hermoso valle caldense, ha su-

bido la Portela del "carballo", famoso del cantar:

**"O carballo da Portela  
ten a folla revirada"...**

Y se ha abierto ante sus ojos el valle de Lérez, la tierra gentil que cerca a Pontevedra, "a boa vila". El Lérez tiene horas montañosas y labriegas, pero al acercarse a Pontevedra y a la madura edad, tiene una hora solemne, esa hora de jardines que pedía M. Perrault para una existencia colmada. La hora de jardines del Lérez son sus salones pontevedreses. Pasa un poco lejos de Santa María para que la basílica de los mareantes pueda mirarse en el espejo de sus aguas los encajes de piedra. Ya no encuentra el Lérez al llegar un "país de navíos", que las mismas tierras que él trajo en sus aguas, posando, han cegado el antiguo puerto, rico en mercado de lino y de agrios, de vinos y de barrilitos de ostras en escabeche para la gula inglesa. Pero, ¡qué bello y dulce río, al pie de una de las más bellas, finas, logradas ciudades del país nuestro! El Lérez se va al mar de Marín, se pierde en la ría donde está Combarro con sus hórreos, Xanxenxo con su playa, Raxó y Portonovo como bandos de gaviotas en la ribera, Marín, Bueu, Beluso... Y en la puerta del Océano, Ons, la isla oscura, "preñada do mar" en el verso del poeta.

Prosiguiendo viaje el peregrino, ha de encontrar, no bien alcanza la ría de Vigo, el Ullo y el Berdugo. Allí es la Pontesampaio, donde los gallegos hicieron morder el polvo a esa flor de la caballería napoleónica que se llamó el mariscal Ney. Vienen los dos pequeños ríos de altos montes, lan-

zas capaces de herir rocas, y remansan un poco antes de morir, haciendo examen de conciencia. Desde aquella batalla de la noble puente, la ira gallega da a los canes de palleiro nombres de mariscales de Francia: Ney, Soult, Murat... El peregrino puede preguntarse, si ha oído la hermosa canción de Mendiño, donde está la mar mayor con toda su violencia. La pequeña isla fue escenario de una historia de amor, cercada una hermosa por las ondas, ¡qué grandes son!, mientras esperaba el amigo lejano. Y ella no tenía, para salvarse de la tempestad, ni barquero ni remador. La ría se estrecha para pasar por Rande, donde fueron los galeones de la Flota de Plata, los más de los cuales yacen en el lodo del paso, heridos de bala anglo-holandesa. Un tesoro célebre en la imaginación del país, cuya noticia llegó hasta Julio Verne. La ría vuelve a abrir, y a su diestra, al pie del Morrazo enorme, un gigante derribado en los primeros de la Creación, se tienden claras playas y felices villas marineras, apenas sin distancia de la red a la vid: Moaña, Cangas con su playa de Rodeira, su Colegiata, con todo su país geórgico, viñedos, mazaes, pinares. En Moaña, en verdes prados en cuyas hierbas posa su caricia la sal marina, pastan terneras cuya carne aprecia el gourmet. En la orilla izquierda, le península de La Guía—uno de los grandes miradores de la ría, y nocturno de la ciudad de Vigo que se muestra como una insólita flor con todas sus luces—, Vigo desde el Castro al mar, Bouzas marinera, y luego la gran suite de playas: Alcabre, Samil, Coruxo, O Bao, Canido, Playa América, un gran manto de preciosa arena tendido entre la tierra agraria y el mar. En La Ramallosa,

en grave estuario, el Miñor va al mar, tras pasar bajo un puente célebre en la magia del país, un puente medieval para que por él pasee a caballo, reflejándose en las ondas, un señor conde de Gondomar... Y ya estamos en el mar de Bayona, uno de esos dos mares que el de Vigo tiene a izquierda y derecha. El de la izquierda es la ría de Aldán, perfecta como una concha marina, y el de la derecha el de Bayona, con la playa de Ladeira, con Monteferro, con Monterreal almenado, con la villa que tuvo la primera en Europa, arribando a ella la carabela "Pinta", noticia del descubrimiento de las Indias Occidentales. Y frente a la Torre del Príncipe, famosa ya en la "Descripción de Galicia" del licenciado Molina, las islas Cíes, ásperas guardianas de la ría, delicioso paraje, perfectas naves de piedra en la boca misma del Océano, con bellas playas. Pese a la cercanía a tierra firme, la noche en las Cíes tiene el aroma misma de las lejanas islas perdidas en los inmensos mares, y el mar, siempre recomenzando, acuna con su nana de los orígenes.

Por la costa, donde el mar rompe violento en la frente de roca de la tierra, se prosigue camino para ver morir el Miño en el mar. Ese Miño que el peregrino de que hablábamos al comienzo, romero de Compostela, don Gaiferos o Francisco de Asís, ha saludado en Portomarín. Se pasa por Santa María de Oya, un monasterio sobre las olas, y en La Guardia ha de preguntar el pasajero por la langosta de allí, una "demoiselle de Caen" más carnosa. Ya estamos en el Miño y en Tuy, en el Monte Aloya y en Santa Tecla. Desde esto altos podemos decirle adiós al gran río de los galaicos,

antes de que lo beba el Atlántico, con toda su espuma, como un noble champagne de Reims...

Aloya y Santa Tecla son asombrosos miradores sobre inmensas parcelas de tierra, de río y de mar. Al fondo está el país de los lusitanos, con sus montes azules, sus agros verdes, sus casas blancas. El río es plata, la tierra es tostado de Venecia, el mar es celeste. Se podría escribir un guía de los miradores, desde Monte Lobeira al Tecla amado del celta, que allí hizo ciudad. Cualquiera de estos miradores—el monte Alba o la esculca de Hermelo, el facho de Domayo o la Virgen de la Roca—, sirve para decir: "Estamos en la más perfecta miranda. Tienen ustedes ante sus ojos una réplica a escala del Paraíso Terrenal".

## LOS MONASTERIOS

Entre las cien rutas que la imaginación y la memoria pueden hacer ahora mismo a través de la provincia, nos atrae la de los monasterios, la que nos llevaría a las grandes casas de antaño, ya Cluny, ya "o santo orde do Cistel". ¿Cómo no ir a Acibeiro, donde el lobo y la paloma se saludaban? ¿Cómo no ir a Carboeiro, perdido entre montes, fiel al dicho de las escuelas: "Benedictus ardua montis?" Y Armenteira, en la tierra salinaria, una maravilla de piedra y paz, con la leyenda de San Ero, aquel monje que se pasó trescientos años escuchando un pajarillo. Trescientos años que pasaron en un minuto de solaz después de horas canónicas. Son las casas del romántico, de una hora en la que Galicia estuvo en forma, y los artistas veían una resurrección del mun-